

Sexto Domingo de Pascua

Hechos 8,5–8.14–17; 1 Pedro 3,15–18; Juan 14,15–21

Amar a Jesús, guardar sus mandamientos, dar testimonio con Esperanza

INTRODUCCIÓN

Un niño pequeño se paró una vez al borde de una piscina, temblando ante la idea de lanzarse al agua profunda.

Quería nadar, pero el miedo lo detenía. Su padre se arrodilló a su lado y le dijo suavemente: "Te dejaré nadar, pero nunca dejaré que te ahogues."

Poco a poco, el niño dio un paso adelante, sintiendo la mano firme de su padre bajo él. Con cada pequeño paso, su valor crecía, y finalmente se soltó y flotó en el agua, seguro en la presencia de quien lo amaba.

Hermanos y hermanas, hoy nos reunimos en la presencia del Señor resucitado, que nos invita a dar pasos de fe. Así como el niño confió en su padre, nosotros estamos llamados a confiar en Cristo. Incluso cuando no lo vemos claramente, incluso cuando la vida se siente incierta o

abrumadora, Él promete nunca abandonarnos. Nos da su Espíritu, nuestro Abogado, para guiarnos, consolarnos y fortalecernos en la esperanza, el amor y el valor.

En nuestras vidas, hay momentos en que el miedo, la duda o la soledad nos detienen. Hay ocasiones en que somos tentados a actuar egoístamente, a impacientarnos con los demás o a perder la esperanza. Las lecturas de hoy nos recuerdan que el amor de Dios es más fuerte que nuestra debilidad, que el Espíritu del Cristo resucitado está con nosotros, y que incluso los pequeños pasos de fe, guiados por el amor, dan testimonio de su Reino.

Al prepararnos para celebrar la Eucaristía, tomemos un momento para reflexionar tranquilamente sobre nuestra vida: nuestras elecciones, nuestras luchas y nuestros fallos. Presentémoslos ante el Señor, confiando en que su misericordia es más grande que nuestro pecado y que su Espíritu está siempre dispuesto a levantarnos, guiarnos y hacernos instrumentos de su amor.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, vienes a sanar y a restaurar:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos das tu Espíritu para guiarnos en el amor:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, prometes estar siempre con nosotros,

incluso cuando flaqueamos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, rico en misericordia, por el amor tierno de Jesucristo, nos perdone nuestros pecados, renueve nuestros corazones con su Espíritu y nos fortalezca para caminar en la fe, la esperanza y el amor, guiándonos hacia la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Alabemos a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con corazones llenos de alegría, cantando el Gloria por la victoria de Cristo sobre la muerte.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y amoroso,

en esta temporada de Pascua nos llamas a alegrarnos en la resurrección de tu Hijo.

Abre nuestros corazones al poder de tu Espíritu, para que amemos con valentía, obedezcamos tus mandamientos con alegría y demos testimonio de la esperanza que vive en nosotros.

Ayúdanos, incluso en los días ordinarios, a ver a Cristo en nuestros hermanos y hermanas, a ser instrumentos de tu paz y a llevar tu luz a los lugares de oscuridad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA

Una joven quería aprender a andar en bicicleta sin ruedas de entrenamiento. Cada vez que lo intentaba, se tambaleaba y caía. Su hermano mayor corría a su lado, sosteniendo el asiento, animándola: "No soltaré hasta que estés lista."

Al principio tenía miedo—miedo de caer, miedo de fracasar. Pero paso a paso, empujón a empujón, encontró su equilibrio. Un día, su hermano soltó por un momento. Ella se tambaleó, se asustó, y de algún modo se mantuvo en pie, pedaleando por sí misma. Al mirar atrás, vio a su hermano animándola, orgulloso pero cerca, listo para sostenerla si caía.

Hermanos y hermanas, las lecturas de hoy nos recuerdan la misma verdad. Jesús dice a sus discípulos: "No los dejaré huérfanos." Él conoce su miedo, su confusión, su necesidad de guía. Y como el hermano de la niña, Él está con nosotros—no para controlar cada movimiento, sino para darnos el valor de dar nuestros propios pasos, confiando en su Espíritu, nuestro Abogado.

Todos sabemos lo que es dudar, temer o sentirse inestable en la vida. Ya sea al comenzar un trabajo nuevo, enfrentar la enfermedad o reparar una relación rota, el Espíritu Santo está allí, sosteniéndonos, animándonos, ayudándonos a encontrar equilibrio.

En la Última Cena, los discípulos estaban perdiendo lo que más amaban. Durante tres años, Jesús había sido su maestro, protector y amigo. Los defendía, guiaba y acompañaba. Y ahora dice que se va. Sin embargo promete: "Le pediré al Padre y les dará otro Abogado que esté con ustedes para siempre."

Otro Abogado. Otro Ayudante. El Paráclito. Alguien que está a tu lado bajo presión, que habla por ti cuando no encuentras palabras, que te defiende cuando te sientes acusado.

A veces creemos que podemos manejarlo todo solos—como un niño tratando de volar una cometa en un día sin viento, corriendo más rápido, tirando más fuerte, hasta que se cae frustrado. Un anciano que lo miraba dijo suavemente: "No puedes hacer el viento. Pero cuando venga, levanta la cometa, y ella volará por ti."

El Espíritu Santo es ese viento. No podemos producir fe por fuerza. No podemos fabricar esperanza. Pero cuando

abrimos el corazón, cuando levantamos la frágil cometa de nuestra vida hacia Dios, el Espíritu nos sostiene.

La primera lectura lo muestra en acción. Felipe va a Samaria—un lugar de creencias mezcladas, desconfianza y antiguos conflictos. Judíos y samaritanos se evitaban. Humanamente hablando, no era terreno fértil. Sin embargo, Felipe simplemente proclama a Cristo. Sin teorías complicadas. Sin grandes estrategias. Habla de Jesús, y la gente escucha. Son sanados. Liberados. Hay “gran alegría en esa ciudad.”

Imagina eso: gran alegría en una ciudad dividida. Los campos estaban listos para la cosecha, como dijo Jesús una vez. No porque todo fuera perfecto, sino porque los corazones estaban preparados. Felipe no trabajó solo. El Espíritu ya estaba allí, como el viento esperando que la cometa se elevara.

¿Pero cómo vemos ese Espíritu? ¿Cómo vemos a Cristo, ahora que ya no es visible? Un abuelo le dio a su nieta un extraño cuadro: solo un revoltijo de colores. “No hay nada

ahí,” dijo ella. “Mira más tiempo,” respondió él. “Mira con paciencia.” De repente vio: un pastor y ovejas escondidos en el patrón. El cuadro no había cambiado. Ella sí.

Jesús dice: “El mundo ya no me verá, pero ustedes me verán.” No vemos con los ojos, sino con los ojos del corazón. El amor nos enseña a mirar.

Nos dice: “Si me aman, guarden mis mandamientos.” Al principio suena como un reglamento. Pero no es amenaza; es relación: “Si me aman...” El amor no es solo sentimiento, se hace visible en acción.

Una mujer visitaba a su vecina sola todos los jueves. Sin aplausos, sin reconocimiento. Tras la muerte de la vecina, se encontró una nota en su Biblia: “Gracias, Señor, por enviarme un ángel cada semana.” Ella se había convertido en un Evangelio viviente.

Alguien dijo una vez: somos la única Biblia que muchas personas todavía leen.

San Pedro escribe: “Estén siempre preparados para dar razón de la esperanza que hay en ustedes.” Nota—no

dice: obliguen a otros. Dice: estén listos cuando pregunten. ¿Preguntarán? Tal vez solo si ven algo diferente en nosotros.

En un mundo marcado por ansiedad, amargura y división, ¿y si los cristianos parecieran... redimidos? Nietzsche dijo que los cristianos tendrían que parecer más redimidos si quisiera creer en su Redentor. Es fuerte, pero útil. La esperanza no significa que la vida sea fácil. Significa que no somos huérfanos. Que incluso nuestra fragilidad no se pierde.

En Japón existe un arte llamado *kintsugi*. Cuando un cuenco se rompe, se repara con oro. Las grietas no se ocultan; brillan. El objeto se vuelve más hermoso porque estuvo roto. Cristo fue roto en la cruz, pero el Padre lo resucitó. Por eso, nuestras grietas pueden llenarse de gracia. Nuestras heridas pueden brillar.

Este es el trabajo del Espíritu Santo: mantener viva la relación. Jesús dice: "Conocerán que estoy en el Padre, y ustedes en mí, y yo en ustedes." Asombroso. Somos

atraídos a la vida misma de Dios. El amor entre Padre y Hijo se derrama en nuestros corazones.

San Pablo escribe: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo." No a chorritos. Derramado.

Y eso cambia nuestra vida. Cambia nuestra mirada. Incluso cambia cómo enfrentamos la muerte.

Una enfermera cuidaba a una mujer que moría y tenía miedo cada noche. Sin grandes explicaciones teológicas, simplemente se sentaba junto a su cama y le tomaba la mano. Una noche, la paciente susurró: "Cuando estás aquí, siento que Dios no me ha olvidado." La enfermera se había convertido en un Abogado—un signo visible del Espíritu invisible.

Volvamos a la bicicleta. El hermano, de hecho, soltó. La niña pedaleó sola. Por un momento se tambaleó—hasta sentir a su hermano animándola a su lado. No se había ido. Simplemente le dio espacio para crecer.

Jesús ha "soltado" en un sentido. Ya no es visible como antes. Pero no nos ha abandonado. Por el Espíritu Santo, está a nuestro lado y dentro de nosotros. Nos deja dar nuestros propios pasos, pero no nos dejará caer.

"No los dejaré huérfanos."

Si creemos esto, podemos amar sin miedo. Podemos perdonar. Podemos acompañarnos. Podemos levantar la cometa cuando comience a soplar el viento. Podemos ser ventanas vivientes por donde la luz de Cristo brille en un mundo ordinario y a veces oscuro.

Y tal vez un día alguien nos mire y pregunte suavemente: "¿Por qué aún tienes esperanza?"

Y podremos responder, con sencillez y ternura:

"Porque no estoy solo. Porque Él vive. Porque el Espíritu me sostiene." Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Con corazones renovados por el Espíritu,
profesemos ahora nuestra fe juntos
con las palabras que la Iglesia nos ha confiado:

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar nuestros dones en el altar, ofrezcamos también nuestro corazón y nuestra vida, reconociendo que todo acto de amor y servicio refleja a Cristo viviendo en nosotros. Que nuestras ofrendas sean agradables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
recibe estos dones, signos de nuestra gratitud y fe.
Transforma este pan y este vino en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, Jesucristo,
para que seamos alimentados en esperanza, fortalecidos en amor y capacitados por tu Espíritu para ser testigos de tu Reino en nuestras familias, nuestras comunidades y el mundo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque por la resurrección de tu Hijo, Jesucristo, has derramado tu amor en nuestros corazones, y mediante el don de tu Espíritu Santo, habitas en nosotros, guiando nuestros pasos, fortaleciendo nuestra esperanza e inspirando nuestro amor.

Nos has dado un Abogado, que nos recuerda tu verdad, nos consuela en la debilidad y nos capacita para dar testimonio de tu Reino. Por este Espíritu, incluso el Cristo invisible está presente en nuestras vidas, y su amor se hace visible en nuestras acciones, en nuestro cuidado mutuo y en nuestra esperanza firme.

Por eso, con los ángeles y los santos, con corazones agradecidos, proclamamos tu gloria y nos unimos a su himno eterno:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiado en la providencia y el amor de Dios, recemos juntos como Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, visible e invisible.

Libéranos del miedo, la duda y la desesperanza.

Fortalécenos para vivir como testigos de Cristo resucitado, confiando en que nunca estamos abandonados. Envía a tu Espíritu Santo, nuestro Abogado, para guiar nuestras palabras, iluminar nuestras mentes y mover nuestros corazones a amar como Jesús ama.

Que el Espíritu nos sostenga en toda prueba, nos levante cuando caemos y nos ayude a llevar tu luz al mundo. Que nuestra vida refleje la esperanza, la fe y el amor que nos has derramado, hasta el día glorioso de la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, Príncipe de la Paz, prometiste que no seríamos huérfanos, que tu Espíritu habitaría en nosotros

y nos guiaría.

Concédenos tu paz—paz en nuestros corazones, en nuestras familias y en nuestras comunidades.

Ayúdanos a perdonar como tú perdonas, a amar como tú amas y a acompañarnos como testigos fieles.

Llénanos de valor para enfrentar los conflictos, paciencia para soportar pruebas y esperanza que brille incluso en la oscuridad.

Que esta paz, que fluye de tu Espíritu, transforme nuestra vida y nos haga canales de tu amor y sanación en un mundo que anhela la reconciliación.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Ven al banquete del Señor, no porque seamos perfectos, sino porque somos amados.

Toma este Pan de Vida, recibe su Cuerpo y Sangre, y permite que el Espíritu de Cristo fortalezca tu esperanza, guíe tus pasos y encienda tu corazón con amor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Cristo nos ha dado su Espíritu, el Abogado, que habita en nosotros.

En este Espíritu encontramos esperanza para soportar pruebas, fe para ver lo invisible y amor que transforma lo ordinario en extraordinario.

Seamos personas que:

- Amen con paciencia, incluso cuando no se reconozca;
- Perdonen cuando sea más difícil;
- Hablen esperanza con suavidad, pero con fuerza;
- Estén al lado del otro cuando soplen los vientos de la vida;
- Permitan que Cristo brille a través de nuestras palabras, acciones y presencia.

Que el Espíritu recibido guíe nuestro corazón, renueve nuestro valor y llene nuestra vida de la alegría tranquila de la resurrección.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, hemos participado de esta Eucaristía y probado la vida de tu Hijo.

Renuévanos con tu Espíritu, para que amemos más profundamente, perdonemos más libremente y demos testimonio con más valentía.

Ayúdanos, en los días venideros, a ser signos vivos de tu presencia, canales de esperanza e instrumentos de tu paz en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que es amor, llene sus corazones de alegría y paz.

Que Cristo, que se entregó por ustedes, fortalezca su fe y esperanza.

Y que el Espíritu Santo, su Abogado, los guíe siempre en amor y valentía, para que su vida dé testimonio del Señor resucitado.

Y que Dios todopoderoso los bendiga: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, viviendo el amor y la esperanza del Señor resucitado.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Recuerden la promesa de Cristo: “Nunca los dejaré huérfanos.”

Den un paso adelante en la fe, dejen que el amor los guíe y permitan que el Espíritu los lleve a través de cada prueba, llevando esperanza al mundo que los rodea.

Lunes, Sexta Semana de Pascua

Hechos 16,11-15; Juan 15,26–16,4

INTRODUCCIÓN

Un hombre contó una vez sobre un período difícil en su vida, cuando había perdido el rumbo y la esperanza. Un día, un vecino simplemente lo invitó a comer. No había nada extraordinario: solo comida, conversación y amabilidad. Pero ese gesto simple cambió algo en él. “Se sintió”, dijo, “como si una puerta se hubiera vuelto a abrir.” Más tarde, él comenzó a acercarse a otros de la misma manera tranquila.

Así es como a menudo actúa Dios: a través de corazones abiertos y gestos sencillos de generosidad. En las lecturas de hoy, escuchamos cómo el Señor abrió el corazón de Lidia para recibir el Evangelio, y cómo ella respondió de inmediato con hospitalidad y generosidad.

Al reunirnos para esta Eucaristía, recordemos que también nosotros hemos recibido mucho de Dios. Pidamos la gracia de tener un corazón abierto, de acoger su Espíritu y

de compartir con los demás lo que primero hemos recibido.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú abres nuestros corazones para recibir tu gracia, pero a menudo permanecemos cerrados hacia los demás: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos llamas a compartir generosamente lo que hemos recibido, pero a veces nos retraemos por miedo o indiferencia: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos envías tu Espíritu para fortalecer nuestro testimonio, pero fallamos al confiar en tu guía:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama a abrir el corazón y a compartir los dones que hemos recibido, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que abres los corazones para recibir tu palabra y los llenas con la gracia de tu Espíritu, concédenos, te pedimos, que respondamos con fe generosa, compartiendo con los demás lo que de ti hemos recibido y dando testimonio de tu amor en nuestra vida diaria.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Escuché una vez la historia de un joven maestro que notó a un niño solitario en su clase. Un día lo invitó a un pequeño grupo de lectura después de la escuela. Ese simple acto de atención y cuidado le ayudó a encontrar confianza y amistad—un ejemplo de cómo los gestos pequeños pueden transformar vidas.

Esto me recuerda a Lidia en la primera lectura de hoy. Era una mujer cuyo corazón “el Señor abrió.” Recibió el Evangelio, fue bautizada con su familia, y de inmediato

ofreció hospitalidad a Pablo y sus compañeros. Ella recibió con libertad; y con libertad dio.

Lidia nos muestra que la fe nunca está destinada a permanecer privada. La gracia de Dios está hecha para fluir hacia afuera—en servicio, en bondad y en acogida. En el Evangelio, Jesús nos dice que dar testimonio no siempre es fácil. Podemos encontrar resistencia o dificultades. Pero él nos promete al Abogado, el Espíritu de la Verdad, que nos fortalece para permanecer fieles. Hay un hermoso intercambio aquí: Pablo lleva el Evangelio a Lidia, y Lidia, con su generosidad, sostiene la misión de Pablo. Este es el ritmo de la vida cristiana: recibir gracia, compartir gracia. Al dar, también recibimos.

Incluso en nuestras luchas diarias, estamos llamados a permanecer abiertos, a confiar en el Espíritu y a continuar dando. Al hacerlo, nos convertimos en canales del amor de Dios y descubrimos que nosotros también somos fortalecidos en el camino.

Una vez escuché la historia de una anciana que dedicaba tiempo a bordar y hacer mantas para su comunidad. Notó

que un vecino solitario vivía triste y aislado. Sin pensarlo, le ofreció ayuda y compañía, enseñándole a coser y a crear mantas. Con el tiempo, la anciana y el vecino se hicieron amigos cercanos. Ella decía: “Di mi tiempo y cariño, y recibí amistad y alegría que no esperaba.”

Como Lidia, como ese joven maestro y como esta anciana, vemos que cuando abrimos nuestro corazón a los demás, la gracia de Dios fluye en ambos sentidos. Damos y recibimos; servimos y somos fortalecidos. Que también nosotros vivamos con fe generosa, confiando en que el Espíritu nos guía en cada pequeño acto de amor.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar en el altar los dones que hemos recibido del Señor, ofrezcamos también nuestra vida, pidiendo la gracia de compartir generosamente con los demás lo que primero hemos recibido.

Recen para que mi sacrificio y el suyo sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, te pedimos, los dones que te presentamos, y concédenos que, así como hemos recibido tus regalos con corazón abierto, aprendamos a compartirlos generosamente en servicio de los demás y para la gloria de tu nombre. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu plan de amor abres los corazones de tu pueblo para recibir la luz de tu palabra y la gracia de tu Espíritu.

Nos llamas no solo a creer, sino a dar testimonio con vidas de generosidad y amor, para que lo que de ti hemos recibido se convierta en bendición para los demás. Por Cristo nuestro Señor.

Y así, con los Ángeles y Arcángeles proclamamos tu gloria y nos unimos a su himno sin fin:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Llamados a compartir lo que hemos recibido
y confiando en el Espíritu que nos sostiene,
atrevámonos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
y abre nuestros corazones a confiar en tu Espíritu,
para que podamos estar libres del miedo y ser generosos
al compartir los dones que hemos recibido; concédenos la
paz en nuestros días, para que, con la ayuda de tu
misericordia, estemos siempre libres del pecado
y seguros de todo peligro,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos envías tu Espíritu
para guiar y fortalecer nuestro testimonio,
no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad según tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que abre nuestros corazones y nos llama a participar de
su vida. Dichosos los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, has abierto nuestros corazones
y nos has llenado de tu gracia.
Enséñanos a llevar este don al mundo—
a dar sin contar,
a servir sin dudar,
y a confiar en que tu Espíritu
trabaja en y a través de nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este Sacramento que hemos recibido, Señor,
nos fortalezca con tu Espíritu,
para que vivamos como testigos fieles de tu amor
y compartamos generosamente con los demás
lo que tú nos has dado.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso,
que abre nuestros corazones y nos llena de su Espíritu,
les ayude a vivir como testigos generosos de su amor,
y los bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios abre nuestros corazones no solo para recibir, sino también para dar.

¿Qué gracia has recibido esta semana,
y cómo la compartirás con alguien más?

Martes, Sexta Semana de Pascua

Hechos 16,22-34; Juan 16,5-11

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, una amiga me contó sobre un pequeño jardín abandonado detrás de su apartamento. Una mañana, notó un brotecito que se abría paso entre el concreto agrietado. Al principio, parecía insignificante, casi frágil, y le preocupaba que no sobreviviera. Pero con el paso de las semanas, aquel pequeño brote creció, fortalecido por el sol, la lluvia y el cuidado constante, hasta convertirse en una planta floreciente.

La vida muchas veces funciona de manera similar. A partir de comienzos pequeños, aparentemente frágiles, o incluso en momentos de pérdida, podemos ver surgir un nuevo crecimiento, nueva vida y bendiciones inesperadas. En el Evangelio de hoy, Jesús prepara a sus discípulos para un tipo de “partida” que es mucho más profunda que cualquier cosa que normalmente experimentamos. Así como el brote rompe el concreto para crecer, también el

Espíritu romperá el miedo, la tristeza y la incertidumbre para traer vida, orientación y esperanza a quienes confían en Él.

Las despedidas nunca son fáciles. Despiertan tristeza, incertidumbre y, a veces, miedo. Pero también abren espacio para el crecimiento, la transformación y una presencia que es aún más íntima y dadora de vida que aquello que dejamos atrás. Hoy reflexionamos sobre cómo Jesús convierte la tristeza de su partida en la promesa del Espíritu Santo: una presencia que transforma, ilumina y guía en cada dificultad y pérdida.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, conviertes nuestra tristeza en esperanza y nos conduces a nueva vida: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, envías el Espíritu Santo para guiarnos, enseñarnos y fortalecernos: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, abres nuestro corazón para confiar en el plan de Dios aun en los momentos de pérdida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone nuestros pecados y, por el don del Espíritu Santo, nos conduzca de la tristeza a la alegría y del miedo a la confianza en su amoroso plan. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por el misterio de la partida de tu Hijo confiaste a tu Iglesia la guía del Espíritu Santo, concédenos, te pedimos, que en medio de las incertidumbres y cambios de esta vida, podamos siempre confiar en tu presencia amorosa y ser conducidos a la plenitud de la verdad y la alegría. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Jesús habla con sus amigos la noche antes de su crucifixión: “Vuestro corazón está triste.” Su dolor es real; enfrentan la pérdida de su presencia física. Sin embargo, Jesús los asegura de que esta partida no es el final. Al regresar al Padre, enviará al Defensor, el Espíritu Santo, que habitará en ellos, guiándolos, enseñándolos y consolándolos. Al perderlo físicamente, ganan una presencia aún más poderosa.

La vida a menudo trae pérdidas y finales que duelen profundamente, pero estos momentos también pueden ser transformadores. Jesús lo compara con una semilla que debe caer a la tierra y morir para dar fruto. Nuestras luchas, desilusiones y despedidas pueden convertirse en oportunidades de gracia y crecimiento si permitimos que el Espíritu actúe en ellas.

El Espíritu también “convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.” La perspectiva humana es limitada; a menudo juzgamos mal lo que es justo. El Espíritu abre

nuestro corazón a la comprensión divina, ayudándonos a ver con claridad, actuar con sabiduría y vivir con humildad.

Así, la partida de Jesús es tanto pérdida como ganancia. El dolor es real, pero conduce a nueva vida. La tristeza es profunda, pero deja espacio para la alegría. Los finales preparan el camino para los comienzos, y soltar abre nuestra vida a la presencia plena de Dios. En la vida diaria—ante la pérdida, el cambio o el desafío—somos llamados a confiar en que Dios nos guía, trayendo vida y esperanza donde menos lo esperamos.

Volviendo a la imagen del crecimiento, pensemos en un niño aprendiendo a caminar. Al principio, cae muchas veces, se lastima y siente miedo. Pero con paciencia y cuidado, cada caída se convierte en un paso más firme hacia la independencia. Así también el Espíritu nutre nuestros corazones a través de las pruebas, convirtiendo la tristeza en alegría y la pérdida en vida. La partida de Jesús no fue el final para sus discípulos—fue el comienzo de una vida llena de Espíritu, un don que Él nos sigue ofreciendo hoy.

Oremos por la gracia de confiar en la guía de Dios en tiempos de pérdida, acoger al Espíritu en nuestros corazones y ver cada final como una puerta hacia nueva vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al colocar estos dones sobre el altar, confiemos a Dios todas las pérdidas, cambios e incertidumbres de nuestra vida, pidiendo que el Espíritu Santo los transforme en gracia y nueva vida.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que nuestras plegarias, Señor, se eleven junto con estos sacrificios, para que, purificados por tu bondad, podamos conformarnos a los misterios de tu gran amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, aclamarte siempre, Señor, pero en este tiempo más que nunca glorificarte,

pues Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido sacrificado. Porque por su Pasión salvadora y gloriosa Resurrección, nos ha llevado de la muerte a la vida y nos ha abierto el camino a nuevos comienzos.

Al partir hacia ti, Padre, no nos abandonó, sino que envió al Espíritu Santo para ser nuestra guía, nuestro consuelo y nuestra fuerza, convirtiendo nuestra tristeza en alegría y llevándonos a la plenitud de la verdad.

Y así, con Ángeles y Arcángeles, con Tronos y Dominaciones, y con todos los ejércitos y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, proclamando sin fin: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en que Dios puede traer nueva vida de cada final y guiados por el Espíritu que habita en nosotros, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, y concédenos la paz en nuestros días, para que, con tu misericordia, podamos ser libres del pecado y seguros frente a todo peligro, aprendiendo a confiar en ti en los tiempos de pérdida y cambio, creyendo que tu Espíritu Santo nos guía de la tristeza a la alegría y de los finales a la nueva vida, mientras esperamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que ante la tristeza de tus discípulos
prometiste el don del Espíritu Santo,
mira no nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y unidad
según tu voluntad,
para que, guiados por tu Espíritu,
podamos vivir confiados, crecer en cada prueba
y ser conducidos a la plenitud de la verdad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo
y llena nuestros corazones con la vida del Espíritu.
Dichosos los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de este momento, recordemos:
toda pérdida que hemos experimentado,
toda despedida que hemos soportado,
está en las manos amorosas de Dios.
El Espíritu trabaja dentro de nosotros,
transformando suavemente la tristeza en paz
y abriendo ante nosotros el camino a la nueva vida.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Escucha, Señor, nuestras plegarias,
para que este santo intercambio,
por el cual nos has redimido,
nos traiga tu ayuda en esta vida presente
y nos asegure la alegría eterna.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga,
y en tiempos de cambio e incertidumbre
llene sus corazones de confianza en su plan amoroso;
que envíe su Espíritu Santo para guiarlos y fortalecerlos,
convirtiendo cada tristeza en esperanza y cada final en
nueva vida.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
confiando en que el Espíritu Santo camina con ustedes,
trayendo vida y esperanza en toda circunstancia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cada final en la vida es una apertura para que el Espíritu
Santo haga algo nuevo—confíen en la obra silenciosa de
Dios dentro de ustedes.

Miércoles, Sexta Semana de Pascua

Hechos 17, 15; 22–18, 1; Juan 16, 12-15

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, visité un pequeño taller de alfarería.
Observé cómo el alfarero moldeaba un trozo de arcilla en
el torno, girándolo lentamente mientras lo iba formando
con sus manos. Al principio parecía sin forma y frágil, pero
con presión suave, paciencia y habilidad, la arcilla empezó
a tomar forma, revelando un jarrón de belleza notable.
Quedó claro que el toque y la guía del alfarero eran
esenciales; sin ellos, la arcilla permanecería como una
masa informe.

La vida a menudo se siente así: desordenada, incierta e
incompleta. Anhelamos entender, encontrar sentido, pero
a veces todo parece confuso o más allá de nuestro
alcance. En el Evangelio de hoy, Jesús dice a sus
discípulos: “Tengo muchas cosas que decirles, pero ahora
no podéis soportarlas.” Así como la arcilla necesita tiempo
y cuidado para formarse, nuestros corazones y mentes

requieren paciencia y orientación para comprender la plenitud de la verdad de Dios.

El Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad, actúa como las manos del alfarero en nuestra vida. A través de la oración, la Escritura y la experiencia vivida, el Espíritu va moldeando nuestro entendimiento, profundizando nuestra fe y revelando el amor de Dios de maneras que estamos preparados para recibir. Paso a paso, momento a momento, el Espíritu nos conduce hacia la claridad, la paz y la sabiduría que vienen de la unión con Cristo.

El encuentro de Pablo con los atenienses nos da un ejemplo concreto de esta guía. Él los encuentra donde están, reconoce su búsqueda de la verdad y los conduce suavemente hacia la plenitud de Dios revelada en Jesús. De la misma manera, el Espíritu nos encuentra en nuestra vida, trayendo comprensión a la confusión, esperanza a la duda y revelando gradualmente la belleza del plan de Dios para cada uno de nosotros.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, siempre estás cerca de nosotros, guiándonos con paciencia en la verdad y el amor:
Señor, ten piedad.

Señor Jesús, envías el Espíritu de la Verdad para llevarnos paso a paso hacia la plenitud de la vida:
Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos nutres y fortaleces, como un jardinero que cuida un árbol en crecimiento:
Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
que nunca está lejos de nosotros
y pacientemente nos guía por el Espíritu de la Verdad,
perdone nuestros pecados, fortalezca lo débil en nosotros,
y nos haga crecer en fe y amor,
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios, que siempre estás cerca de tu pueblo
y nos guías pacientemente por tu Espíritu hacia toda la
verdad,
haz que nuestros corazones estén abiertos a tu palabra,
para que, creciendo día a día en fe y amor,
llegemos a la plenitud de la vida en Cristo.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Recuerdo haber visto a un jardinero cuidando un pequeño árbol joven en un parque de la ciudad. El árbol era frágil, con ramas delgadas y vulnerable al viento y la lluvia. Cada día, el jardinero lo sostenía con estacas, podaba las ramas débiles y regaba suavemente sus raíces. Con el tiempo, el árbol se fortaleció, su tronco se volvió más robusto y sus hojas se elevaron hacia el sol. Al observar esto, comprendí cuánto se parece nuestra vida espiritual a ese árbol:

necesitamos guía paciente y cuidado constante para crecer en verdad y amor.

En la primera lectura de hoy, Pablo se dirige a los atenienses, personas orgullosas de su sabiduría pero que buscan comprender lo divino. Él los encuentra donde están, habla de lo que ya conocen y los guía suavemente hacia la verdad más plena de Dios revelada en Cristo. Les recuerda—a nosotros también—que “Dios no está lejos de ninguno de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos.” Esto es al mismo tiempo reconfortante y desafiante: Dios siempre está cerca, invitándonos a una relación más profunda.

Jesús hace eco de esto en el Evangelio, diciendo a sus discípulos: “Tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no podéis soportarlas.” Como el árbol joven, nuestros corazones y mentes no pueden absorber todo de una vez. El Espíritu de la Verdad nos guía gradualmente, recordándonos las palabras de Jesús, fomentando la comprensión y conduciéndonos al amor de Dios. Nuestro

crecimiento en la fe es un camino que se despliega día a día, momento a momento.

Este camino requiere paciencia y atención. Podemos luchar con la duda, la confusión o la sensación de que Dios está lejos, pero el Espíritu siempre actúa en nosotros. A través de la oración, la reflexión, la Escritura y los encuentros con otros, nuestro entendimiento se profundiza. El Espíritu nos moldea, poda lo que nos obstaculiza y nutre lo que nos acerca a Cristo, así como el jardinero cuida del árbol joven para que alcance su madurez.

El ejemplo de Pablo en Atenas nos enseña algo importante: la guía comienza encontrando a las personas donde están. Él reconoce lo que entienden y desean, revelando gradualmente la plenitud de la verdad. De manera similar, el Espíritu nos encuentra en nuestras experiencias, preguntas y dificultades, guiándonos paso a paso hacia Cristo. Cada momento de gracia, cada insight, forma parte de la enseñanza paciente del Espíritu.

Meses después, aquel árbol había crecido alto y fuerte, con ramas que se extendían confiadas hacia el cielo. Sobrevivió a las tormentas porque fue cuidado constantemente. Así también, el Espíritu camina con nosotros, ayudándonos a crecer en comprensión y amor, guiándonos a través de las incertidumbres de la vida y conduciéndonos a la verdad completa que nos hace libres. Abramos nuestros corazones al silencioso trabajo del Espíritu, confiando en que nuestro camino de fe, como el crecimiento del árbol, se despliega bellamente en el tiempo de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones, permitamos que el Espíritu moldee y guíe nuestras vidas, y que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
recibe los dones que te presentamos
y, por la acción de tu Espíritu,
moldea nuestros corazones en verdad y amor,
para que, creciendo firmes en la fe,
podamos ser una ofrenda agradable a ti.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Verdaderamente es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque nunca estás lejos de tu pueblo,
sino que lo guías con amor paciente;
en cada época envías tu Espíritu de la Verdad para conducir los corazones que te buscan hacia un entendimiento más profundo y paz duradera.
Como un jardinero sabio, nutres lo frágil,
fortaleces lo débil y llevas a plenitud lo que has comenzado, para que, creciendo en tu gracia,

permanezcamos firmes en la fe y demos fruto para tu Reino. Y así, con los Ángeles y Arcángeles, con Tronos y Dominaciones, y con todos los ejércitos y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, proclamando sin fin: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Siguiendo el mandato del Salvador y guiados por la enseñanza divina, nos atrevemos a decir, como hijos guiados por el Espíritu de la Verdad:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todo mal y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por la guía de tu Espíritu y creciendo firmes en fe y entendimiento, podamos estar siempre libres del pecado y a salvo de toda aflicción, mientras aguardamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
siempre estás cerca de nosotros
y nos guías suavemente hacia la verdad y el amor;
no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele paz y unidad según tu voluntad.
Quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí a quien siempre nos acompaña
y nos conduce a la plenitud de la verdad.
Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Como un árbol que crece silenciosamente,
nutrido y fortalecido con el tiempo,
así actúa el Espíritu en nosotros.
En el silencio, confiemos nuestras vidas a esa guía suave,
permitiendo que Dios nos forme en verdad, paciencia y
amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor nuestro Dios, alimentados por este sagrado don,
te pedimos que tu Espíritu siga guiándonos y
formándonos, para que, creciendo en fe y entendimiento,
demos fruto duradero en el amor
y lleguemos a la plenitud de la vida en Cristo.
Quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga,
que los guía pacientemente en la verdad
y nutre su crecimiento en fe y amor,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, confiando en el Espíritu que los guía día a día.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El Espíritu de la Verdad no apresura nuestro crecimiento.
Como un jardinero que cuida un árbol, Dios actúa
pacientemente en nosotros— guiando, podando y
fortaleciendo— para que, paso a paso, crezcamos hasta la
plenitud de la vida en Cristo.

Fiesta de San Matías, Apóstol

Hechos 1,15-17.20-26; Jn 15,9-17

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, visité una pequeña biblioteca local en un tranquilo pueblo. Mientras estaba allí, observé a un voluntario que durante años había trabajado discretamente detrás de escena—ordenando libros, guiando a los visitantes y coordinando actividades—y de repente se le pidió que liderara una iniciativa de lectura comunitaria. Al principio dudó, inseguro si estaba preparado para tal responsabilidad. Pero, alentado por la comunidad y sostenido por la oración y la reflexión, aceptó el papel. Con el tiempo, se hizo evidente que esta oportunidad inesperada era precisamente donde podía tener el mayor impacto.

Lo que más me sorprendió fue cómo el voluntario se adaptó de manera natural, no porque buscara reconocimiento, sino porque había estado fielmente presente todo el tiempo. Su dedicación diaria lo había

preparado, casi sin darse cuenta, para un momento de llamado. Era como si todos esos pequeños actos, casi invisibles, hubieran construido un fundamento que le permitió asumir este nuevo rol con confianza y propósito.

Esta historia nos recuerda la fiesta de hoy y las lecturas sobre San Matías. Así como este voluntario fue elegido para un papel que nunca anticipó, Matías fue llamado a ocupar un lugar entre los doce apóstoles después de la traición de Judas. Ambas historias nos enseñan que el llamado de Dios a menudo llega de formas inesperadas, pero nos encuentra allí donde hemos permanecido fielmente presentes.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, nos has elegido para permanecer en tu amor: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos llamas a amarnos unos a otros como tú nos has amado: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos invitas a confiar en tu voluntad por encima de la nuestra: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone nuestras dudas para confiar en su llamado, nuestros fallos para permanecer en su amor, y nuestra renuencia a amarnos unos a otros como él nos ha amado; y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios, que asignaste a San Matías un lugar entre los Apóstoles, concédenos, por su intercesión, que, gozando del amor que nos has otorgado, podamos merecer ser contados entre los elegidos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Es poco probable que Matías esperara alguna vez ser contado entre los doce apóstoles. La traición de Judas dejó un asiento vacío, y la Iglesia primitiva se enfrentaba a una cuestión delicada: ¿cómo preservar la integridad de

los doce, ahora que Jesús ya no estaba con ellos en forma corporal? La primera lectura nos dice que los discípulos abordaron esta decisión con oración. Nombraron a dos candidatos, Matías y Barsabás, pero no se basaron únicamente en su propio juicio. En cambio, oraron, pidiendo al Señor: “Muéstranos a quién has elegido”. Aquí vemos un equilibrio entre el esfuerzo humano y la guía divina. Los discípulos usaron su discernimiento para reducir la elección a dos candidatos, tal como nosotros debemos usar los dones, la experiencia y la sabiduría que Dios nos ha dado al tomar decisiones. Sin embargo, también reconocieron que la voluntad del Señor debe prevalecer. Su oración nos recuerda algo que a menudo olvidamos: por más que planeemos o nos esforcemos, nuestras decisiones son más fructíferas cuando se alinean con el deseo de Dios.

El Evangelio de hoy complementa esta lección. Jesús dice: “No me elegisteis vosotros; yo os elegí a vosotros.” Así como el Señor eligió a los apóstoles, también nos ha elegido a cada uno de nosotros. Nuestro llamado no solo

es responder a esa elección, sino permanecer en su amor. Jesús promete que si lo hacemos, su alegría estará en nosotros, y nuestra alegría será plena. Permanecer en su amor significa seguir su mandamiento: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado.” Este amor conecta la elección de Matías, el ministerio de los apóstoles y nuestra propia vida.

Hoy quiero compartir otra historia similar a la del voluntario, pero distinta: Un hombre mayor cuidaba un jardín comunitario, haciendo tareas pequeñas cada día: regando, podando, y reparando bancos. Nadie notaba su trabajo, hasta que un día se le pidió coordinar un proyecto de revitalización del parque. Sorprendentemente, su conocimiento, paciencia y amor por el lugar lo habían preparado para liderar con eficacia. Este hombre, sin darse cuenta, había construido un camino de servicio constante que lo condujo a un llamado inesperado.

Así como él, Matías nos recuerda la importancia de la presencia diaria. Debía haber estado con Jesús durante su ministerio público, siendo testigo fiel de su misión. De

manera similar, estamos llamados a permanecer presentes ante Cristo cada día. Nuestra fidelidad, por pequeña que parezca, se convierte en el fundamento para la misión continua de la Iglesia.

Finalmente, la elección de Matías nos muestra que Dios a menudo actúa a través de decisiones inesperadas. A veces nos encontramos asumiendo roles que nunca imaginamos. Dios nos invita a responder con apertura, oración y discernimiento, confiando en que su elección precede a la nuestra.

Recordemos, entonces, que el Señor elige y nosotros respondemos. Hoy, al celebrar a San Matías, pidamos la gracia de reconocer el llamado de Dios en nuestra vida, permanecer fieles en el amor y asumir con valentía los roles que Él ha preparado, incluso aquellos que nunca esperábamos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que podamos ofrecernos con corazones fieles, confiando en la amorosa elección y guía de Dios, y que nuestro sacrificio sea agradable al Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas de tu Iglesia, y concede que nosotros, que somos llamados y elegidos por Ti, permanezcamos fieles en amor y servicio, para que lo que celebramos en misterio produzca fruto en nuestra vida. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor.

Porque en tu amorosa sabiduría eliges a quienes permanecen fieles ante Ti

y los llamas a servir a tu pueblo.

En San Matías revelas

que tu gracia prepara los corazones de maneras ocultas y los eleva según tu voluntad.

Por él nos enseñas que nuestra vida encuentra propósito no en nuestra propia elección, sino en responder con confianza a tu llamado y permanecer siempre en tu amor.

Y así, con los Ángeles y Arcángeles,

con Tronos y Dominaciones,

y con todos los ejércitos y potestades del cielo,

cantamos el himno de tu gloria,

y sin cesar proclamamos: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando no en nuestra propia elección sino en el amoroso llamado del Padre, y buscando la gracia de permanecer en su amor como sus hijos elegidos, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todo mal,
concédenos la paz en nuestros días,
para que, con la ayuda de tu misericordia,
siempre estemos libres del pecado y a salvo de todo
peligro, confiando no solo en nuestros propios planes
sino en tu amorosa elección para nosotros,
esperando la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú elegiste a tus discípulos y los llamaste amigos,
enseñándoles a permanecer en tu amor;
mira no nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele pacífica unidad
según tu voluntad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que nos llama y elige para permanecer en su amor.
He aquí al que quita el pecado del mundo.
Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de nuestro corazón, recordamos:
“No me elegisteis vosotros; yo os elegí a vosotros.”
El Señor que nos ha elegido nos alimenta ahora.
Que permanezcamos en su amor, confiemos en su
llamado,
y encontremos alegría al servir donde Él nos guía.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Nunca dejes, Señor, te rogamos,
de llenar a tu familia con dones divinos,
y, por la intercesión de San Matías,
concédenos permanecer fieles en tu amor
y responder generosamente a tu llamado,
para que la gracia que hemos recibido
produzca fruto duradero. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo,
y los ayude a permanecer en su amor
y a responder fielmente a su llamado. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El llamado de Dios a menudo llega en silencio, en medio de nuestra fidelidad diaria.
Permanezcan en su amor, confíen en su elección y estén listos— pues puede estar preparándolos para algo que nunca imaginaron.

Viernes, Sexta Semana de Pascua

Hechos 18,9-18; Juan 16,20-23

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, visité un pequeño pueblo durante la primavera y observé a un anciano alfarero trabajando. Él moldeaba un trozo de barro en su torno, y parecía tan frágil, tan desordenado, como si pudiera colapsar en cualquier momento. Pero poco a poco, con manos cuidadosas y paciencia, el barro sin forma comenzó a adquirir contornos definidos. Me llamó la atención cómo algo aparentemente débil y frágil podía volverse fuerte y hermoso.

Más tarde, vi las vasijas terminadas alineadas al sol, sus formas perfectas, sus superficies lisas y brillantes. Comprendí que el proceso había requerido presión, modelado y paciencia: momentos que podían parecer difíciles o incluso desalentadores, pero que eran necesarios para que surgiera la belleza.

En la vida, a menudo enfrentamos momentos similares: dolor, incertidumbre o pérdida que parecen insoportables. Sin embargo, muchas veces son precisamente esos momentos los que nos moldean, preparándonos para una alegría más profunda que no podría existir sin la lucha.

Las lecturas de hoy nos recuerdan que el dolor no es la palabra final. Así como el barro se moldea bajo presión y el jardín florece después de la poda, también nuestro sufrimiento humano suele preceder a una alegría profunda y duradera.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES AL KYRIE

Señor Jesús, que caminas con nosotros en medio de las tormentas y no nos abandonas en nuestro dolor:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que transformas nuestro dolor en alegría y renuevas nuestros corazones con esperanza:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos moldeas a través de las pruebas de la vida en vasos de tu gracia y luz: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone nuestros pecados y, a través de cada prueba y dolor, modele nuestros corazones para la alegría que nunca se apaga y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que a través del misterio de la Pasión y Resurrección de tu Hijo transformas el dolor en alegría duradera, concédenos que, en medio de las tormentas y pruebas de esta vida, podamos confiar en tu presencia constante y ser moldeados por tu gracia en testigos fieles de esperanza.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Cuando era niño, recuerdo haber visto a un anciano sembrador plantar semillas en el campo durante la temporada de lluvias. La tierra estaba empapada, y parecía que el esfuerzo no daría fruto; algunos vecinos se quejaban del trabajo arduo y del clima inclemente. Sin embargo, semanas después, esas mismas semillas brotaron, crecieron y florecieron, llenando los campos de vida y color. Esa memoria me viene a la mente al escuchar el Evangelio de hoy, donde Jesús dice a sus discípulos: “Estarán tristes... pero su tristeza se convertirá en alegría.” Así como la siembra exige paciencia y el trabajo arduo precede a la cosecha, el dolor también puede abrir camino a una alegría verdadera y duradera.

Jesús compara el dolor de los discípulos con el de una mujer que da a luz: el sufrimiento precede a la nueva vida. El dolor por su partida es real e inevitable, pero no es el fin. Después de su Resurrección y del don del Espíritu Santo, ellos experimentarán una alegría profunda, duradera y transformadora.

Lo mismo vemos en la primera lectura de los Hechos. Pablo enfrenta oposición en Corinto, incluso es llevado ante el gobernador romano. Sin embargo, el Señor lo tranquiliza: “No temas... yo estoy contigo.” El valor y la alegría de Pablo no provienen de circunstancias fáciles, sino de la presencia de Cristo. Él nos muestra cómo la fe transforma el miedo en esperanza.

Todos enfrentamos tristeza: pérdidas, desilusiones, enfermedades o fracasos. Estos momentos pueden parecer interminables, pesados y solitarios. Pero Jesús nos recuerda que la tristeza no tiene la última palabra. Su presencia nos acompaña, ofreciendo consuelo, fortaleza y destellos de la alegría que nos espera, incluso en nuestras horas más oscuras.

Esta alegría no es pasajera. Es la alegría del Cristo resucitado, una alegría que perdura más allá de las circunstancias, más fuerte que el miedo, la pérdida o la incertidumbre. Así como el alfarero moldea el barro o la siembra finalmente florece, nuestras pruebas nos preparan para recibir esta alegría, transformando nuestros

corazones y nuestras vidas.

Recordemos, entonces, que nuestras “lluvias” personales, nuestros momentos de dificultad, son prelude de la renovación. Al confiar en el Señor, nuestra tristeza se convierte en la alegría de Pascua de Cristo. Que llevemos hoy esta alegría en el corazón, confiando en que un día lo veremos cara a cara y compartiremos la plenitud de una alegría sin fin.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, así como nuestras vidas son moldeadas por las pruebas y la esperanza, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, que en tu sabiduría transformas nuestras luchas en gracia, acepta estos dones que te presentamos, y, mientras nos moldeas a través de las pruebas de la vida, haznos dignos de compartir la alegría de la Resurrección de tu Hijo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Verdaderamente es justo y necesario, nuestro deber y salvación, siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor.

Porque en el misterio de su Muerte y Resurrección has revelado que el dolor no dura para siempre, sino que se transforma en alegría.

En él, las tormentas de nuestra vida ceden ante la luz, y las pruebas que nos agobian se convierten en el medio por el cual moldeas nuestros corazones para la plenitud de la vida.

Por él, tu presencia permanece con nosotros, fortaleciéndonos en el miedo, sosteniéndonos en la esperanza, y guiándonos hacia la alegría que nadie puede arrebatarnos. Y así, con los Ángeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los ejércitos y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, sin cesar proclamando: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Siguiendo el mandato del Salvador y formados por la enseñanza divina,
confiados en que Dios camina con nosotros en toda tristeza y nos conduce hacia la alegría, digamos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, en medio de las tormentas y pruebas de la vida,
seamos sostenidos por tu presencia
y guiados hacia la alegría que prometes;
para que, por la ayuda de tu misericordia,
siempre estemos libres de pecado y seguros de todo mal,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que traes calma después de toda tormenta y luz después de toda oscuridad, mira a tu pueblo que lucha con miedo, tristeza e incertidumbre.
Habla tu palabra de paz a nuestros corazones inquietos,

fortalécenos con tu presencia constante,
y transforma nuestras pruebas en esperanza.
Concédenos que, confiando en Ti que conviertes la tristeza en alegría, vivamos con serenidad y valor,
y nos convirtamos en instrumentos de tu paz en el mundo.
Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí aquel que quita los pecados del mundo.
Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.
He aquí Aquel que convierte nuestra tristeza en alegría
y renueva nuestros corazones con su presencia.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, en este momento sagrado,
nos recuerdas que ninguna tristeza se desperdicia en tus manos. Como nos has alimentado con tu Cuerpo y Sangre, renueva nuestros corazones con esperanza.
En cada tormenta que enfrentamos,
ayúdanos a confiar en que tu alegría ya se está formando dentro de nosotros, silenciosa, paciente y fiel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, te pedimos, Dios todopoderoso,
que, habiendo recibido el Sacramento de tu Hijo,
seamos fortalecidos en cada prueba
y renovados en la alegría que proviene de tu presencia,
hasta el día en que nuestra tristeza se convierta en gozo
eterno. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga,
que en su bondad camina con ustedes en toda tormenta,
los fortalece en los momentos de prueba,
y llene sus corazones con la alegría de Cristo Resucitado;
y que la bendición de Dios todopoderoso,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo,
baje sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, confiando en que su tristeza se convertirá
en alegría. Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Las tormentas de la vida no tienen la última palabra: Dios
ya está moldeando tu tristeza en una alegría más profunda
y duradera.

Sábado, Sexta Semana de Pascua

Hechos 18,23-28; Juan 16,23-28

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, leí sobre un joven jardinero en un pequeño pueblo que amaba cultivar flores. Tenía un gran entusiasmo, pero poco conocimiento sobre las técnicas correctas de siembra. Un día, una jardinera mayor lo vio luchar y le ofreció orientación. Le mostró cuándo plantar, cómo regar y cómo cuidar cada flor. Con su ayuda, el terreno descuidado se transformó lentamente en un jardín vibrante que llenó de alegría a toda la comunidad.

Esta historia nos recuerda que el crecimiento —ya sea en un jardín, una habilidad o en la fe— rara vez ocurre de manera aislada. Todos necesitamos guía, ánimo y una comunidad dispuesta a nutrir nuestro potencial. Las lecturas de hoy nos muestran esta misma verdad en la vida de la Iglesia primitiva.

En la primera lectura conocemos a Apolos, un hombre instruido de Alejandría, que conocía bien las Escrituras y hablaba con elocuencia, pero aún necesitaba formación

más profunda. Priscila y Aquila reconocieron su potencial y lo ayudaron pacientemente a comprender más plenamente el camino del Señor. Más tarde, los creyentes de Éfeso lo apoyaron con una carta de recomendación para que pudiera continuar sirviendo a los demás.

Incluso hoy, la “Iglesia doméstica” —nuestras familias y hogares— sigue siendo central. Mucho antes de que existieran los edificios de la iglesia, los cristianos se reunían en casas para orar, aprender y apoyarse mutuamente. Como Priscila y Aquila, también estamos llamados a animarnos unos a otros en la fe, para que juntos crezcamos y compartamos los dones que Dios nos ha dado.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, nos llamas a crecer en la fe a través de la guía y el apoyo de los demás: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos enseñas a orar al Padre en tu nombre y a confiar en su amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos invitas a animarnos unos a otros y a edificar tu Iglesia con nuestros dones: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios todopoderoso,
que en su misericordia nos guía por la sabiduría y el
aliento de los demás,
y nos nutre en oración en el nombre de su Hijo, tenga
misericordia de nosotros, nos perdone nuestros pecados
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, Padre amoroso,
tú guías a tu pueblo mediante la sabiduría y el cuidado
mutuo,
y nos enseñas a crecer en la fe a través de la oración en el
nombre de tu Hijo;
concédenos que, apoyados unos a otros y abiertos a tu
Espíritu,
podamos cultivar los dones que nos has dado
y edificar tu Iglesia en amor y unidad.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Recuerdo una historia diferente: un joven panadero en un
pueblo tenía un talento natural para hacer pan, pero nunca
había aprendido a amasar correctamente ni a controlar la
temperatura del horno. Cada vez que intentaba, su pan se
deshacía o se quemaba. Un maestro panadero lo notó y
se ofreció a enseñarle con paciencia y dedicación. Poco a
poco, el joven aprendió, y finalmente su pan fue admirado
más allá de su pueblo. Su talento había sido nutrido, y
ahora podía compartirlo con otros.

Esta historia me recuerda a Apolos de la primera lectura.
Era un hombre instruido de Alejandría, elocuente y
conocedor de las Escrituras, pero no estaba
completamente formado en la fe. Priscila y Aquila
reconocieron su potencial y lo guiaron en el camino del
Señor. Más tarde, los creyentes de Éfeso le escribieron
una carta de recomendación para ayudarlo a continuar su
misión en Corinto. Sus acciones muestran una Iglesia
construida sobre el ánimo, la guía y el apoyo mutuo,

donde cada miembro ayuda al otro a crecer y compartir sus dones.

En el Evangelio de hoy, Jesús dice a sus discípulos que oren al Padre en su nombre y promete que su alegría será completa. Esto no significa que todo lo que pedimos llegue exactamente como lo esperamos, sino que la oración nos abre a la presencia y acción de Dios. La oración nos equipa con los dones del Espíritu para que podamos animar, apoyar y servir a los demás, tal como Priscila y Aquila apoyaron a Apolos.

La fe crece en comunidad. Necesitamos los dones y la guía de los demás, así como necesitamos la ayuda del Espíritu en la oración. A través de nuestro apoyo, ánimo y oración, edificamos la Iglesia y traemos alegría a los demás. Cada acto de enseñanza, cada palabra de aliento, cada gesto de amor participa en la obra de Dios de nutrir la fe.

Recuerdo también algo de mi propia vida: una joven maestra me ayudó a entender un concepto difícil con

paciencia y claridad. Gracias a su guía, pude transmitir ese conocimiento a otros. Así sucede con la fe: al apoyarnos unos a otros, cultivamos dones que pueden florecer mucho más allá de lo que imaginamos, caminando juntos desde el Padre y de regreso al Padre. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con gratitud por los dones que Dios ha nutrido en nosotros y en apoyo mutuo en la fe, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oh Dios, que nos enseñas a crecer mediante la guía y el aliento mutuo,
recibe estos dones que te ofrecemos,
y concédenos que, a través de este sacrificio,
seamos fortalecidos en la oración y el amor
para servir y edificar tu Iglesia.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque llamas a tu pueblo a crecer en la fe, no en aislamiento, sino en comunión con tu Iglesia.

Mediante la guía de discípulos fieles y el poder de la oración en el nombre de tu Hijo, nutres los dones que has plantado en nosotros y nos conduces a la plenitud de alegría.

Y así, con corazones unidos en amor y ánimo, nos unimos a los Ángeles y Santos en su himno de alabanza, aclamando sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

A la orden del Salvador y formados por la enseñanza divina, confiados en que el Padre nos escucha cuando oramos en el nombre de Jesús, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por tu misericordia y fortalecidos mediante el apoyo mutuo, estemos siempre libres del pecado y a salvo de toda aflicción, mientras esperamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú prometiste que nuestra alegría sería completa cuando nos volvamos al Padre en tu nombre; mira no nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad mientras nos apoyamos y animamos unos a otros en el amor.

Quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que nos fortalece con su presencia
y nos envía a apoyar y animar a los demás en la fe.
Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, nos has alimentado con tu presencia.
Ayúdanos a reconocer los dones que has colocado en
nosotros y a usarlos con generosidad.
Que estemos atentos unos a otros, ofreciendo guía, ánimo
y amor, para que juntos crezcamos en la fe
y compartamos tu alegría con el mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, Señor,
te pedimos que, fortalecidos por este sacramento,
crezcamos en la fe mediante la oración y en el amor
mediante el apoyo mutuo,
para que edifiquemos tu Iglesia y compartamos la alegría
que viene de ti. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los guíe,
fortaleciéndolos mediante el ánimo de los demás y
llenándolos de alegría mientras oran en su nombre.
Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor apoyándose y
animándose mutuamente en la fe.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe crece cuando se comparte.
Esta semana, ofrezcan una palabra de aliento o guía a
alguien: podrían estar ayudando a que un don florezca
mucho más allá de lo que pueden ver.